

anécdotas, pero también de categorías doctrinales, recordó al Rafael Gamba de una pieza, que nunca cejó en el servicio de Dios, la Patria y el Rey. Y terminó evocando el sacrificio de aceptar la jefatura delegada de la Comunión Tradicionalista, que le confirió Don Sixto Enrique de Borbón cuando Gamba había traspasado el umbral de los ochenta años.

Finalmente, Juan Vallet de Goytisolo tuvo palabras para la colaboración de Gamba en *Verbo* y la Ciudad Católica y pasó revista a algunos de sus textos más característicos.

Andrés Gamba, en nombre de la familia, agradeció de modo sentido, sencillo y cordial a los presentes, intervinientes y organizadores por su participación. Poniendo punto final a una velada que a lo largo de hora y media, que pasó volando, sirvió para recordar la figura eximia de don Rafael Gamba Ciudad.

AGENCIA FARO

## II

### RAFAEL GAMBRA EN EL PENSAMIENTO TRADICIONAL ESPAÑOL

Para muchos españoles, que estudiaron sus libros, durante decenios los más difundidos en la enseñanza de la filosofía en el bachillerato o en los primeros cursos de la Universidad (en particular, *Curso elemental de filosofía* e *Historia sencilla de la filosofía*) Rafael Gamba es el pedagogo de prosa tersa y capacidad de síntesis excepcional. Pero su sello desborda ampliamente la docencia filosófica, como quizá atisbaran los que, amén de estudiar sus textos, hubieran gozado de su magisterio oral, para instalarse cabalmente en el pensamiento español del siglo XX.

En una ocasión, con la agudeza de todas sus páginas, describió las dos actitudes vitales ante el problema del devenir histórico, que cristalizan a su vez en dos tipos humanos característicos. Son la actitud estética y la ética, que dan lugar respectivamente a espectadores y protagonistas. La primera, suave y acompañada con el discurrir de los hechos, a los que se pliega, encarna en un tipo de hombre que «habita en la subjetividad», pues «es capaz de percibir, y aun de cantar, las emociones de cualquier empresa objetiva, pero no se comprometerá en ninguna». La segunda, en cambio, contracorriente, genera el hombre ético y religioso, que «se entrega a una objetividad y reconoce sobre sí unos valores trascendentes».

Hoy, en la desaparición del profesor Gamba, no puedo dejar de recordar la sutil penetración psicológica que alentó en toda su obra y la actitud recia-mente ética y religiosa, aunque tocada de unas gotas de distancia e ironía, que

presidió su entero quehacer. Difícilmente se podrá pensar en un autor que haya expresado en nuestros días de modo más acabado el acervo del pensamiento tradicional, que se haya entregado a todas sus causas de modo más abnegado, y siempre sin un aspaviento, sin un calificativo de más, con voz serena e imperturbable, con un brillo cómplice en los ojos. Del manejo de personalidades más que notables extraordinarias que he tenido la gracia de tratar, a nadie me parece más aplicable que a Gamba el rubro de tradicionalista «integral» y «esencial».

Adherido íntimamente al tradicionalismo político desde su infancia, contaba con frecuencia cómo su «combate» comenzó antes de la guerra, cuando, colegial del Pilar, junto con su amigo Ignacio Hernando de Larramendi, representaba la activa minoría carlista en oposición al *propagandismo* democristiano de don Ángel Herrera, enemistad intelectual y práctica de los años republicanos que conservó hasta el final, pese a haber sido muchos años profesor de Filosofía en el CEU. Después fue alférez provisional en un Tercio de Requetés antes de cumplir los dieciocho años, y ahí el íntimo «combate» hubo de orientarse hacia la Falange, siempre antipática, y más aún en aquellos sus años cenitales. Lo que no obstó para que se viera pasados los decenios con muchos falangistas en el seno de las asociaciones de excombatientes. Después el franquismo, al que la Comunión Tradicionalista se oponía tenazmente, si bien con sesgo notablemente diverso del que venía de la izquierda, y con el que sólo *post-mortem* (del general Franco) se reconcilió, en proceso que no ha sido ajeno a otros miembros de su generación y bandera. Su libro *Tradición o mimetismo*, editado crepuscularmente por el Instituto de Estudios Políticos, en 1976, es el balance acribioso de las discrepancias y las sintonías del tradicionalismo con aquel régimen personal que no acertó a institucionalizarse, quizá porque sobre las bases en que se sustentaba no podía, o quizá porque tampoco quería. También conoció la defección de la dinastía a la que sirvió sin doblez y no calló ante los desvaríos socialistas de Carlos Hugo de Borbón Parma. Sin embargo, legitimista hasta el final, depositó la lealtad en su hermano, Don Sixto Enrique, verdadero continuador de su padre, Don Javier, el último gran príncipe de la Cristiandad. De hecho, el filósofo navarro muere Comendador de la Orden de la Legitimidad Proscrita y Secretario Político de Don Sixto. Ahí es nada es el mundo de hoy. Su libro de los años cincuenta, primero en que se usó la fórmula luego oficializada, *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional*, junto con los casi coetáneos de Francisco Elías de Tejada, es una de las grandes aportaciones al carlismo contemporáneo, mucho más que un simple pleito dinástico, verdadera visión del mundo.

El único asalto que le venció fue el del «cambio» de la Iglesia tras el II Concilio Vaticano. A su personalidad melancólica y un punto indolente los azares de la aventura humana fueron acreciendo el espíritu crítico y el pesimismo existencial. No en vano quizá a él se deba, y desde los primeros años

cuarenta, la más sugestiva relectura de cierto existencialismo francés (Camus, Saint-Exupéry) en clave cristiana. Su libro diez años posterior *Eso que llaman Estado* agavilla esos textos todavía hoy sorprendentes por su lucidez pese a la proximidad inevitable de obras y autores. Por eso, la inaudita crisis que inauguró el Concilio, y que demolió el admirable edificio divino y humano levantado por el culto en espíritu y verdad y por una secular civilización anclada en la *pietas*, lo desarboló por completo. No cejó en el combate, cierto, que centró en la denuncia (diríase que profética) de la adaptación al mundo de la *nueva* Iglesia y en la conservación de la liturgia tradicional, de la antigua disciplina y del magisterio político y social de la Iglesia. Su libro *El silencio de Dios*, editado por Prensa Española, a mediados de los sesenta, con prólogo de su amigo Gustve Thibon, otro espíritu fino y doliente, es una pequeña obra maestra que registra la inflexión epocal. Con Leopoldo Eulogio Palacios fue también, en consecuencia, uno de los pocos intelectuales de prestigio que defendieron, aunque no sin discernimientos, la actitud numantina del arzobispo francés Marcel Lefebvre.

Sin que obstara a ello la nitidez de su signo intelectual, fue colaborador de muchos y variados proyectos académicos, y así, en los cuarenta y primeros de los cincuenta, su pluma fue frecuente en *Arbor*, *Ateneo* o la *Biblioteca del Pensamiento Actual* de Florentino Pérez Embid. Luego, a partir de los sesenta, *Verbo* fue su principal hogar, junto con los Vallet de Goytisolo, Vegas Latapie, Elías de Tejada o Álvaro d'Ors. Pero también toda suerte de pequeños boletines, a menudo panfletarios, se beneficiaron de sus contribuciones, de tono frecuentemente irónico y punzante y ejemplares en su brevedad.

Hay unos versos de Lope que siempre he visto encarnados en la estampa del querido e inolvidable maestro: «Que es la caballería / dulce cansancio envuelto en cortesía». El fulgor de su pensamiento, la pulcritud de su estilo, el señorío de su trato y la lealtad de su vida evocan un mundo que ya no existe. Hoy muere un poco más con la muerte de Rafael Gamba.

MIGUEL AYUSO

### III

#### RAFAEL GAMBRA Y LAS «JUVENTUDES TRADICIONALISTAS». NUESTRA DEUDA Y GRATITUD CON UN GRAN MAESTRO

No es osado afirmar que las «Juventudes Tradicionalistas» renacieron bajo la égida doctrinal de Rafael Gamba Ciudad. Porque Rafael Gamba no formó ningún cuerpo de doctrina nuevo, pero sí supo actualizar y responder de manera coherente, valiente y honrada a los grandes retos de la doctrina carlista en los tiempos actuales, dominados por el nihilismo más descarnado.